

37. Milagros Sabáticos

E. J. Waggoner

La razón por la cual tenemos el registro de tantos milagros de Jesús es la siguiente: «Hizo además Jesús muchas otras señales en presencia de sus discípulos, las cuales no están escritas en este libro. Pero éstas se han escrito para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo, tengáis vida en su nombre.» (Juan 20:30-31, RVR1960)

En la enseñanza de Jesús y los apóstoles se nos muestra el camino de la vida; pero en los milagros que Dios obró por medio de ellos tenemos manifestaciones visibles de la realidad de la vida y de su poder. No hay una verdad espiritual expuesta en las Epístolas que no encuentre una ilustración en alguno de los milagros realizados en los cuerpos de los hombres.

Dios dio a Jesús *poder sobre toda carne, para que diera vida eterna* a todos los que a él vienen. Por el poder que tenía para librar los cuerpos de los hombres de la enfermedad, mostró poder para liberar sus almas del pecado. «Porque, ¿qué es más fácil, decir: Los pecados te son perdonados, o decir: Levántate y anda? Pues para que sepáis que el Hijo del Hombre tiene potestad en la tierra para perdonar pecados (dice entonces al paralítico): Levántate, toma tu cama, y vete a tu casa. Entonces él se levantó y se fue a su casa. Y la gente, al verlo, se maravilló y glorificó a Dios, que había dado tal potestad a los hombres.» (Mateo 9:5-8, RVR1960)

Algunos de los milagros más asombrosos de Jesús fueron hechos en el día de reposo, y a algunos de ellos queremos prestar especial atención. Primero leemos la historia de la sanación de

EL HOMBRE DE LA MANO SECA

«Aconteció también en otro día de reposo que él entró en la sinagoga y enseñaba; y había allí un hombre que tenía la mano derecha seca. Los escribas y los fariseos lo acechaban para ver si lo sanaría en sábado, a fin de hallar de qué acusarlo. Pero él conocía los pensamientos de ellos, y dijo al hombre que tenía la mano seca: “Levántate y ponte en medio”. Y él se levantó y se puso en pie. Entonces Jesús les dijo: “Os haré una pregunta: ¿Es lícito en sábado hacer bien o hacer mal? ¿Salvar la vida o destruirla?”. Y mirándolos a todos alrededor, dijo al

hombre: “Extiende tu mano”. Él lo hizo así, y su mano le fue restaurada sana como la otra.» (Lucas 6:6-10)

La mano derecha es una de las partes más necesarias del cuerpo, especialmente para el hombre trabajador. Sería muy difícil trabajar con la mano derecha colgando inútil al costado, y muchos tipos de trabajo serían imposibles. Lo que Jesús hizo fue darle a ese hombre poder para trabajar. El hombre extendió su mano con fe, y fue fortalecido para trabajar, ilustrando así las palabras de Jesús: «Respondió Jesús y les dijo: Esta es la obra de Dios, que creáis en el que él ha enviado.» (Juan 6:29, RVR1960)

EL HOMBRE CIEGO DE NACIMIENTO

«Al pasar Jesús, vio a un hombre ciego de nacimiento. Y le preguntaron sus discípulos, diciendo: “Rabí, ¿quién pecó, este o sus padres, para que haya nacido ciego?”. Respondió Jesús: “No es que pecó este, ni sus padres, sino para que las obras de Dios se manifiesten en él. Me es necesario hacer las obras del que me envió, entre tanto que el día dura; la noche viene, cuando nadie puede trabajar. Entre tanto que estoy en el mundo, luz soy del mundo”. Dicho esto, escupió en tierra, hizo lodo con la saliva y untó con el lodo los ojos del ciego, y le dijo: “Ve a lavarte en el estanque de Siloé” (que significa: “Enviado”). Él fue entonces, se lavó y regresó viendo.» (Juan 9:1-7) «Y era día de reposo cuando Jesús había hecho el lodo, y le había abierto los ojos.» (Juan 9:14, RVR1960)

Con este milagro, Cristo dio una prueba visible del hecho de que él es la luz del mundo. El mendigo ciego escuchó las palabras de Cristo, y así recibió la vista. De esto podemos conocer la veracidad de la afirmación de Cristo: «Otra vez Jesús les habló, diciendo: Yo soy la luz del mundo; el que me sigue, no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida.» (Juan 8:12, RVR1960) Cuando los ojos del ciego fueron abiertos, pudo ver la luz del sol, pero sin embargo Cristo era su luz, mostrando que la luz que el sol en el firmamento derrama sobre la tierra es solo la luz que ha recibido del Sol de Justicia.

No podemos ver a Cristo, y es imposible que nuestras mentes comprendan cómo su vida puede darnos vida para que tengamos vida eterna y justicia; pero conocemos el hecho de que el sol da luz a la tierra, y que en su luz hay vida; y puesto que en los milagros de dar vista a los ciegos tenemos la evidencia de que esta luz y vida vienen de Cristo, podemos de igual manera

saber que él puede impartirnos su vida de justicia. Es tan fácil creer en Cristo como el Salvador del pecado y la muerte, como creer en el sol como la causa de la vida y la fecundidad de la tierra.

El pecado es oscuridad. Los corazones de los hombres se oscurecieron cuando no glorificaron a Dios como Dios. (Romanos 1:21) Tenían «el entendimiento entenebrecido, ajenos de la vida de Dios». (Efesios 4:18) Cristo da la luz de la vida, de modo que así como dio vista a los ciegos, quita la oscuridad del pecado a todos los que lo aceptan en verdad.

LA CURACIÓN DE LA MUJER ENFERMA

«Jesús enseñaba en una de las sinagogas en sábado. Y había allí una mujer que desde hacía dieciocho años tenía espíritu de enfermedad, y estaba encorvada y en ninguna manera se podía enderezar. Cuando Jesús la vio, la llamó y le dijo: “Mujer, libre eres de tu enfermedad”. Y puso las manos sobre ella; e inmediatamente ella se enderezó y glorificó a Dios. Pero el principal de la sinagoga, enojado de que Jesús hubiera sanado en sábado, dijo a la gente: “Seis días hay en que se debe trabajar; en estos, pues, venid y sed sanados, y no en día de reposo”. Entonces el Señor le respondió y dijo: “Hipócrita, ¿cada uno de vosotros no desata en sábado su buey o su asno del pesebre y lo lleva a beber? Y a esta hija de Abraham, a quien Satanás ha tenido atada dieciocho años, ¿no se le debía desatar de esta ligadura en día de reposo?”. Al decir él estas cosas, se avergonzaban todos sus adversarios; pero todo el pueblo se regocijaba por todas las cosas gloriosas hechas por él.» (Lucas 13:10-17)

Esta mujer había sido atada por Satanás. Su liberación, por lo tanto, fue una sorprendente ilustración del poder de Cristo para liberar del pecado; porque «Jesús les respondió: De cierto, de cierto os digo, que todo aquel que hace pecado, esclavo es del pecado.» (Juan 8:34, RVR1960), y «El que practica el pecado es del diablo; porque el diablo peca desde el principio. Para esto apareció el Hijo de Dios, para deshacer las obras del diablo.» (1 Juan 3:8, RVR1960); y «Les prometen libertad, y son ellos mismos esclavos de corrupción. Porque el que es vencido por alguno es hecho esclavo del que lo venció.» (2 Pedro 2:19, RVR1960)

La mujer no podía levantarse. Así, todo pecador puede decir verdaderamente: «Porque me han rodeado males sin número;

Me han alcanzado mis maldades, y no puedo levantar la vista.

Se han aumentado más que los cabellos de mi cabeza, y mi corazón me falla.» (Salmos 40:12, RVR1960) Pero el mismo pecador, viendo el poder de Cristo en la mujer enferma, también puede decir: «Mas tú, Jehová, eres escudo alrededor de mí;

Mi gloria, y el que levanta mi cabeza.» (Salmos 3:3, RVR1960)

La mujer «tenía un espíritu de enfermedad». Cristo tuvo compasión de ella y la sanó. Así podemos saber que «no tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades, sino uno que fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado.» (Hebreos 4:15, RVR1960), y también podemos saber que su simpatía es de un tipo práctico. En este milagro y en el precedente, tenemos una bendita ilustración del poder que hay en Cristo para abrir los ojos de los hombres, y para *devolverlos de las tinieblas a la luz y del poder de Satanás a Dios*.

EL HOMBRE IMPOTENTE SANADO

«Después de estas cosas había una fiesta de los judíos, y subió Jesús a Jerusalén. Hay en Jerusalén, cerca de la Puerta de las Ovejas, un estanque, llamado en hebreo Betesda, el cual tiene cinco pórticos. En ellos yacía una multitud de enfermos, ciegos, cojos y parálíticos. [...] Había allí un hombre que hacía treinta y ocho años que estaba enfermo. Cuando Jesús lo vio acostado, y supo que llevaba ya mucho tiempo así, le dijo: “¿Quieres ser sano?”. Le respondió el enfermo: “Señor, no tengo quien me meta en el estanque cuando se agita el agua; pues entre tanto que yo voy, otro descende antes que yo”. Jesús le dijo: “Levántate, toma tu lecho y anda”. Al instante aquel hombre fue sanado, tomó su lecho y anduvo. Era sábado aquel día. [...] Por esta causa los judíos perseguían a Jesús y procuraban matarlo, porque hacía estas cosas en sábado. Y Jesús les respondió: “Mi Padre hasta ahora trabaja, y yo trabajo”.» (Juan 5:1-17)

El hombre no tenía fuerza. Además, fue el pecado lo que lo había reducido a esa condición, como aprendemos de las palabras de Cristo: «Después le halló Jesús en el templo, y le dijo: Mira, has sido sanado; no peques más, para que no te venga alguna cosa peor.» (Juan 5:14, RVR1960) Esta es una lección práctica para nosotros, «Porque Cristo, cuando aún éramos débiles, a su tiempo murió por los impíos.» (Romanos 5:6, RVR1960) No tenemos poder, pero él es capaz de fortalecernos con poder por medio de su Espíritu.

¿POR QUÉ EN EL DÍA DE REPOSO?

Se observará que el hecho de que estos milagros se hicieran en sábado está especialmente señalado. Nótese también que en ninguno de ellos la necesidad era tan urgente como para que la curación no pudiera haberse aplazado otro día. El ciego podría haber esperado otro día sin especial inconveniente. El hombre que yacía junto al estanque no corría un peligro tan inminente como para que necesariamente tuviera que ser curado de inmediato. Así también en los otros casos, sus enfermedades no ponían en peligro inmediato sus vidas. Además, ninguno de ellos esperaba ser sanado, por lo que no habrían sufrido decepción alguna si Jesús no les hubiera dicho nada hasta después de pasado el sábado.

Pero Jesús no se demoró ni una hora. Además, los sanó en el día de reposo, sabiendo muy bien que ofendería a los fariseos y aumentaría su odio hacia él. Estas cosas muestran que tenía un propósito especial al hacer estos milagros en el día de reposo, y que el Espíritu Santo tenía un propósito al llamar nuestra atención especialmente al día en que fueron realizados. ¿Cuál fue ese propósito?

La respuesta es fácil. Podemos desechar de inmediato la suposición de que Jesús actuó con un espíritu de bravuconería, para mostrar su desprecio por los fariseos, o que innecesariamente incitaría su odio hacia él. Los milagros se hicieron con el mismo propósito por el que fueron registrados, «Pero éstas se han escrito para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo, tengáis vida en su nombre.» (Juan 20:31, RVR1960)

Tampoco hizo Jesús estos milagros por falta de respeto al día de reposo, porque él guardaba todos los mandamientos. Algunos tienen la idea equivocada de que Jesús los hizo para mostrar que el sábado puede ser quebrantado en caso de necesidad. Pero Jesús no quebrantó el sábado, aunque los judíos lo acusaran falsamente de hacerlo. Nunca es necesario quebrantar el sábado, pero Jesús mismo dijo: «Pues ¿cuánto más vale un hombre que una oveja? Por consiguiente, es lícito hacer el bien en los días de reposo.» (Mateo 12:12, RVR1960)

Aprendemos, por lo tanto, que Jesús, en lugar de quebrantar el sábado, como suponen los fariseos ciegos, estaba mostrando su verdadero significado. Ciertamente, trabajó en él, ¿pero cómo? —Fue por su Palabra. Desde la creación del mundo, cuando los cielos y la tierra fueron terminados, y todo su ejército, y *Dios reposó el séptimo día de toda la obra que había hecho*, él ha continuado trabajando por la Palabra de su poder, que sustenta todas las cosas.

Dios dio el sábado para que supiéramos que él es el Dios que nos santifica. (Ezequiel 20:12) Así, al realizar esos milagros en el día de reposo, Jesús estaba mostrando que el sábado es para liberar al hombre de la esclavitud, y no para ser una esclavitud para ellos. Conmemora el poder creador, por el cual todos los que creen son hechas nuevas criaturas en Cristo. «Porque los que hemos creído entramos en el reposo», el reposo de Dios mismo.

Dios descansó cuando hubo terminado su obra. Descansó en su Palabra de poder. Así encontramos reposo a través del trabajo —no nuestro trabajo, sino el trabajo de Dios. «Respondió Jesús y les dijo: Esta es la obra de Dios, que creáis en el que él ha enviado.» (Juan 6:29, RVR1960) Pero creer, como hemos visto, nos da reposo. La obra de Dios nos da reposo del pecado, porque triunfamos en la obra de sus manos. (Salmos 92:4)

Así, por medio de estos milagros, Cristo nos enseña que el sábado, incluso el día que los judíos tenían por sábado, pero que no guardaban según el mandamiento de Dios, es la gloria culminante del Evangelio. Guardado como Dios nos lo ha dado, nos permite ver a Cristo como Redentor y Creador —como Redentor porque es Creador. El sábado del Señor —el memorial de la creación— nos recuerda el poder de Dios para salvación a todo aquel que cree. Nos revela, como ninguna otra cosa puede hacerlo, a Cristo como el ungido por el Espíritu Santo «a predicar el evangelio a los pobres;» «El Espíritu del Señor está sobre mí,

Por cuanto me ha ungido para dar buenas nuevas a los pobres;

Me ha enviado a sanar a los quebrantados de corazón;

A pregonar libertad a los cautivos,

Y vista a los ciegos;

A poner en libertad a los oprimidos; A predicar el año agradable del Señor.» (Lucas 4:18-19, RVR1960)

PT, September 19, 1895